



COMUNICACIÓN PARA LA SALUD Y CULTURAS DEL RIESGO

Miguel de Aguilera
José María López
José María Coronado

Diputación de Málaga, Málaga, 2007
114 páginas

Reseña por Marina Ramos
Serrano

Comunicación para la salud y culturas del riesgo presenta los resultados de un ambicioso trabajo de investigación sobre los comportamientos de riesgo de los jóvenes malagueños en su tiempo de ocio, en el que han participado de forma activa alumnos de la Escuela de Enfermería de la Diputación de Málaga. No obstante, la obra no se limita a enumerar los datos obtenidos, sino que propone también una aproximación teórica hacia el tema de la comunicación para salud, especialmente aquellos mensajes dirigidos a los jóvenes. Amparo, Bilbao Guerrero, Delegada Provincial para la Igualdad y Bienestar Social, en la presentación considera el presente libro como un manual “clarificador porque relaciona las culturas de riesgo de nuestros jóvenes con los sistemas de comunicación que se emplean para hacerles llegar los peligros a los que se exponen” (p. 7). Del mismo modo en el prólogo, Francisco Paneque Gil, coordinador provincial del Instituto de la Juventud, incide en la importancia de esta obra con el fin de “dar las claves para realizar campañas efectivas de educación para la salud [...]” (p. 9).

Los autores –Miguel de Aguilera, José María López, y José María Coronado– pertenecen al grupo de investigación sobre Comunicación, Jóvenes y Salud, que intenta acercarse al tema de la comunicación para la salud de los jóvenes desde una perspectiva multidisciplinar e integradora. Además, como especialistas en comunicación para la salud, han participado en otros volúmenes, como en el número 26 de la revista *Comunicar*, donde Miguel de Aguilera y José María López llevan a cabo una aproximación sobre este concepto.

Por otro lado, el orden de los contenidos permite no sólo comprender las actividades que los jóvenes malagueños realizan en su tiempo de ocio, especialmente los fines de semana, sino también introducirse en este campo de investigación. *Comunicación para la salud y culturas*

del riesgo se estructura en cuatro capítulos independientes y al mismo tiempo interrelacionados que siguen fielmente el modelo deductivo. Además otro de sus aciertos ha sido la incorporación de la bibliografía después de cada uno de los capítulos lo que le otorga mayor autonomía.

El primer capítulo titulado “Comunicación para la salud, en busca de una mayor eficacia: ¿cuestión de enfoque?”, tiene como principal objetivo realizar un estado de la cuestión sobre la comunicación para la salud que resulta muy clarificador como punto de partida. Además es un capítulo esencial para todas aquellas personas que quieran adentrarse en esta línea de investigación. Ya en este primer capítulo se vislumbra la vocación práctica del estudio, esto es, encontrar el enfoque adecuado para que las políticas comunicativas destinadas a corregir conductas de riesgo sean eficaces. En este sentido, los autores detectan el principal problema en la comunicación para la salud, “el enfoque al que obedece” (p. 13). Para profundizar en este asunto, se realiza una breve historia de la comunicación para salud que ha estado marcada por la evolución de otros campos de investigación científica, tales como las ciencias biomédicas (p. 14). No obstante, se señala la “dificultad –imposibilidad– de realizar un balance completo de cualquier fenómeno amplio y complejo” (p. 15) como el de la comunicación y salud, ya que dentro de este macro-concepto se incluyen muy diversas actividades comunicativas en variados contextos sociales y culturales. Finalmente se concluye que la evolución de la teoría y práctica de la comunicación para la salud ha estado marcada por tres modelos, el difusionista, “basado en la teoría de los efectos” (p. 17), el participativo, y el más utilizado actualmente por los especialistas, el modelo *directed participatory*, que tiene como objetivo “hacer a la gente capaz de desarrollar su propio cambio” (*ibidem*). Por ello, los autores insisten en renovar el enfoque con las nuevas aportaciones científicas en el campo de la comunicación para conseguir una mayor eficacia de la comunicación para la salud especialmente dirigida a los jóvenes. Este necesario cambio de enfoque supone “revisar el modelo comunicativo dominante en la comunicación para la salud, atendiendo a las aportaciones de las corrientes que realizan su estudio con perspectiva interpretativa –sobre todo, a los estudios culturales y de la recepción–, con el fin de lograr una mayor comprensión de sus públicos objetivos, dando <<la voz a los jóvenes>> (Obregón y Valdez, 2001)” (p. 24).

Ya en el segundo capítulo se expone de forma detallada la metodología del estudio realizado. El espíritu descriptivo de su título –“Planteamiento metodológico, con componentes sociodemográficos”– denota la importancia decisiva del método en la totalidad de la obra. De hecho, el haberle concedido un solo capítulo a este asunto demuestra el interés de los autores por encontrar la forma adecuada para acercarse al problema de la comunicación para la salud en los jóvenes. De este modo, se constata que la combinación de métodos cualitativos y cuantitativos es la manera más eficaz para “observar no sólo lo que los adolescentes hacen (sus comportamientos arriesgados), sino también lo que saben sobre ellos (grado de información de que dispongan al respecto) así como lo que piensan y dicen al respecto de esos comportamientos” (p. 33). Además este capítulo se complementa con los

anexos donde se exponen todos los cuestionarios y demás técnicas metodológicas utilizadas durante el estudio. En definitiva, se trata de un capítulo básico para entender la esencia del estudio.

“Culturas y riesgos” constituye el tercer capítulo de esta obra en el que se profundiza sobre las culturas de ocio de los jóvenes a través de los resultados obtenidos por el estudio realizado durante dos años con jóvenes malagueños de 15 a 24 años. En la introducción de este capítulo se destaca la orientación del estudio –“más cercana a la tradición de los estudios culturales” (p. 46)–, que tiene objetivo comprender las raíces culturales en las que se apoyan estas actividades de riesgo. Y al mismo tiempo se hace una declaración de intenciones: “abundar en esa línea tiene sin duda que incrementar las posibilidades de lograr una comprensión más cabal de los comportamientos de los jóvenes, y a ello queremos contribuir con este estudio” (*ibidem*). Más adelante se profundiza sobre el concepto de ocio en los jóvenes españoles, identificado como unas las actividades más importantes “salir con los amigos” (p. 47) lo que se explica por cuestiones culturales: “porque en nuestro país con algunas variaciones según los contextos geográficos tienen gran arraigo, y no sólo entre los jóvenes, tradiciones como la de disfrutar del tiempo ocioso estando en la calle y viendo a los amigos, con frecuencia –aunque, en las épocas precedentes, casi exclusivamente los varones– consumiendo bebidas alcohólicas (por ejemplo, en el bar de la esquina) (p. *ibidem*). Pero del mismo modo que en el resto de actividades, el ocio de los jóvenes también está determinado por contextos espaciales y temporales que tradicionalmente han estado ligados a los fines de semana, sobre todo por la noche (más bien de madrugada). Aunque según los datos del estudio, cada vez más se adelanta el fin de semana para comenzar el periodo de ocio los jueves por la noche (pp. 50-51). Por supuesto, el alcohol es, según este estudio, un protagonista de las noches de los jóvenes llegando a convertirse en un ritual. Expresiones como “salir de cañas” o “salir de copas” están asumidas por el lenguaje juvenil lo que da muestras de la normalidad de este fenómeno. Es interesante leer con atención las gráficas situadas entre las páginas 58 y 74, que dan una idea general de los aspectos contextuales de consumo de ciertas sustancias nocivas para la salud de los jóvenes. Aunque también se consideran en el estudio otros comportamientos de riesgo como la movilidad, las conductas sexuales y la violencia. Además se demuestra que ciertos jóvenes concentran ciertas predisposiciones al riesgo (p. 75).

Pero quizá uno de los puntos más interesantes del capítulo tercero es el apartado “Yo controlo” que analiza la sensación de invulnerabilidad que los jóvenes tienen a la hora de realizar ciertas actuaciones de riesgo. Aunque en general los jóvenes se sienten inmunes a las conductas de riesgo, se han encontrado diferencias en torno a ciertos parámetros como el sexo: “un 20% de los chicos de 15-19 años consideran que lo pueden probar todo porque controlan. Hay una diferencia de 20 puntos entre chicos y chicas en el porcentaje de desacuerdo sobre esta afirmación –a favor de las chicas–, lo que conduce al establecimiento de diferencias significativas entre los sexos” (p. 81).

En el último capítulo, "Establecer estrategias de comunicación: algunos criterios" se completa el estudio con el uso de los medios de comunicación por parte de los jóvenes, con el objetivo de aclarar "algunas lagunas sobre cómo estos se comunican y buscan información" (p. 93). En concreto, el objetivo de las encuestas era "conocer no sólo el grado de integración de los medios de comunicación en la rutina diaria de los adolescentes sino también con quién habla y dónde los usan para comunicarse, para buscar información sobre aquellos elementos que resulten de su interés" (pp. 93-94). Los resultados presentan claves importantes para conocer la relación de los jóvenes y los medios de comunicación, por ejemplo la creciente utilización de Internet como medio de información, aunque también se utilice de forma mayoritaria para las relaciones sociales (*chat* y *messenger*). Otro punto esencial es la recepción individual de los medios de comunicación lo que algunos autores denominan la cultura de la habitación. Por otro lado, siguen teniendo especial relevancia los amigos, sobre todo, la familia y los agentes sociales como portadores fiables de la información sobre la salud.

Por último, los autores llegan a la conclusión de que las estrategias de comunicación deben realizarse desde una perspectiva holística y que intenten relacionar todos los factores. Del mismo modo, para garantizar la máxima eficacia de los programas de comunicación para la salud de los jóvenes proponen la misma visión de los sistemas de evaluación, "de manera que los indicadores de calidad que se establezcan, para determinar el seguimiento y el alcance del programa, no sean estancos sino que estén interrelacionados, es decir, que informen no sólo del flujo de los acontecimientos en relación a un componente (factor de riesgo), sino también de las interacciones que se han generado con otros parámetros y como influye todo ello en el sistema global" (p. 100).

En resumen, *Comunicación para la salud y culturas de riesgo* es una obra recomendable no sólo para especialistas en comunicación para la salud, sino también para todos aquellos investigadores interesados en comprender la adolescencia. La visión poliédrica sobre las culturas de riesgo de los jóvenes permitirá a las instituciones y agentes implicados actuar de forma más eficaz.